

EL DISCURSO SOBRE LA INFANCIA EN LAS CANTIGAS DE SANTA MARÍA¹

SILVIA NORA ARROÑADA
Universidad Católica Argentina

SECRET-CONICET

En la obra de Philippe Ariès «L' enfant et la vie familiale sous l'ancien régime», que constituyó el inicio de los estudios sobre la niñez, se sostenía que en la Edad Media no existía una idea de la infancia y que ésta recién aparecía con la Modernidad. Uno de los argumentos utilizados para afirmar esto era que en la iconografía se los representaba como adultos en tamaño pequeño. Esta explicación fue posteriormente rebatida por el estudio de distintas obras artísticas que evidenciaban que los artistas medievales sí reproducían a los niños de una manera realista y diferenciada de los adultos.

Ariès iba aún más allá al afirmar que en aquella época no se establecían lazos afectivos entre padres e hijos pequeños, ya que la alta mortalidad infantil inducía a los progenitores a no encariñarse con sus niños. Para respaldar ambas tesis Ariès bebió en las fuentes de la historia francesa e hizo extensivas a Europa Occidental las conclusiones a las que había arribado con esa documentación. Dos historiadores ingleses, Orme y Sharar, con fuentes provenientes de Inglaterra refutarán y matizarán al francés. El segundo dirá que la infancia en la Europa medieval consi-

¹ El presente trabajo es la visión integral y totalizadora de diversos estudios que sobre la temática de la niñez en las *Cantigas de Santa María* he ido publicando paulatinamente en distintas revistas científicas.

derada como una etapa definida de la vida humana sólo es aplicable y limitada a las clases altas ya que los pequeños pertenecientes a los grupos bajos apenas sí tenían una verdadera niñez puesto que a los siete años, y a raíz de la vida que llevaban, ya estaban plenamente inmersos en el mundo adulto.

Uno de los argumentos utilizado para replicar las tesis de Ariès es que siendo la Edad Media un período en el cual la imagen más popular era la de la Virgen con el Niño, parecía inconcebible que no se desarrollase el sentimiento de afecto hacia los pequeños. Dicho de otra manera, la gran difusión de la iconografía sobre la Virgen y el Niño probablemente no hubiese sido tal si no hubiese existido previamente una base cotidiana de relación afectiva entre madres e hijos, que llevase a reconocer en el modelo religioso una realidad habitual². De hecho para el siglo XIII tenían gran difusión en Occidente dos modelos orientales: la versión iconográfica de la Virgen de la ternura, proveniente de Bizancio en el siglo XI, en la que aparece el rostro de la Virgen pegado a la carita del Niño; y la imagen de la Virgen de la leche.

Es sabido por todos que las *Cantigas de Santa María* son una riquísima fuente para introducirnos en el conocimiento de la sociedad del siglo XIII. En este caso nuestro acercamiento se realiza con la intención de examinar cómo este cancionero mariano presenta a la niñez. La conveniencia de estas poesías como sustento para construir una imagen de la infancia está dada por la importancia que a este sector de la sociedad se le concede en las mismas. De las 420 cantigas que conforman este cancionero, 72 de ellas tienen a un niño o niña como protagonista principal, lo que constituye la nada despreciable cifra del 20 por ciento del total, proporción que se eleva a un 25 por ciento si tenemos en cuenta a aquellas otras poesías en las que aparecen los pequeños como actores secundarios. Este protagonismo infantil en las Cantigas adquiere aún mayor valor si tenemos en cuenta la escasez de referencias que sobre este sector de la población se encuentran en otras fuentes, tanto literarias como documentales. Esta ausencia de noticias sobre los niños podría señalar cierto desinterés hacia ellos por cuanto constituyen un grupo improductivo en dos aspectos tan valorados por la sociedad de aquella época como la capacidad guerrera y la capacidad de producción económica. Los niños no sólo no cumplen con estos requisitos sino que, desde ambos puntos de vista, se convierten en una

² A partir del siglo XI se difunden en Bizancio himnos y poesías que enfatizan el lazo sentimental entre madre e hijo y la versión iconográfica de la «Virgen de la ternura» en la cual ésta es representada con su cara pegada a la del Niño. Del mismo modo se consagra popularmente primero en Oriente y luego en Occidente la imagen de la Virgen de la leche como objeto de veneración. Para el momento en que se escribieron las *Cantigas* estos dos modelos eran ya ampliamente conocidos por todos.

carga ya que al igual que las mujeres y ancianos, deben ser protegidos por los más fuertes y para sostener su crecimiento y subsistencia deben ser otros los que trabajen por ellos.

¿A qué se debe esta presencia tan frecuente de los pequeños? Probablemente al hecho de que son los milagros de la Virgen el tema central, y como ésta es una Virgen que se aparece con su Niño en brazos, por ello la maternidad y la infancia están presentes en reiteradas ocasiones. Sin duda que la aparición de los niños en los poemas marianos siempre estará en relación a alguno de sus mayores: madre, padre, otros parientes, etc. La valoración sobre los niños es bastante ambivalente aunque hay una tendencia a que predominen los aspectos positivos. En principio se adjudica a la infancia la idea de pureza e inocencia, por ello una de las funciones que tienen los pequeños en los poemas es la de ser intermediarios. Esta misión la cumplen en cuanto sujetos de un milagro que no sólo redundaría en su propio beneficio, sino que también conlleva el cambio de actitud entre quienes lo rodean, desde las mujeres moras y judías que se convierten y bautizan hasta los cristianos que vuelven a su fe y cumplen las promesas que habían olvidado. Otro aspecto de su función de intermediarios se plasma en los defectos o malformaciones con los que nacen o que adquieren durante su vida. Estas se atribuyen a los pecados de los padres que toman conciencia de su mala conducta a través de la enfermedad o deterioro de sus hijos y, a raíz de ello, enmiendan sus actos.

En segundo lugar se los representa como seres débiles y necesitados de protección. Se asustan y lloran con facilidad y son víctima de la maldad de quienes los rodean, incluso del diablo.

Otra característica que se adjudica a los pequeños es la capacidad de risa, la actitud permanente de juego y el escaso sentido común. Se cuenta que los pequeños corren, saltan, cantan y varias veces se definen sus juegos como acciones peligrosas que provocan accidentes. Estas particularidades se expresan con cierto matiz negativo, como algo que conviene corregir o que tarde o temprano, con la madurez, dejarán de suceder.

Por otro lado, se expresa su disposición a la ternura, constatado tanto en la relación de cariño que establecen con un animalito como en el diálogo directo que entablan con la imagen de la Virgen o el Niño Jesús. En estos casos asistimos al uso de un recurso estilístico muy interesante –el lenguaje infantil– que no encontramos en otras obras. Esto se observa, por ejemplo, en la cantiga 138 en la que se refiere cómo un pequeño le ofrece al Niño Jesús su comida y se dirige a él diciendo: «*Quieres papar?*».

En cuanto a sus características físicas, no se abunda mucho en detalles, aunque siempre se los retrata como seres bellos. Esta belleza permanece intacta aún en los casos de pequeños que mueren y son revividos; al despertar son hallados en un estado de plenitud física y de hermosura resplandeciente, asemejando la figura infantil a la de Cristo resucitado.

Con respecto a la diferenciación sexual, se observa una superioridad de cantigas infantiles en las que los protagonistas son varones: frente a 42 casos de pequeños habrá sólo 13 en los que sean niñas los personajes centrales, mientras que en dos poemas se habla de infantes sin especificar el sexo. ¿A qué responde esta abrumadora presencia masculina? Probablemente a la importancia que tenía para esa sociedad la descendencia varonil en cuanto continuadora del linaje o la familia y como sostén económico en el futuro. Esta preferencia se observa en varias cantigas de manera muy elocuente cuando alguno de los padres o ambos piden a la Virgen tener un hijo varón.

Junto con el perfil físico, los pequeños, a veces, aparecen delineados con características específicas, como su nombre de pila, la edad exacta, el nombre de los padres, hermanos y abuelos, la colación a la que pertenecen, etc.

Con respecto al sector social al cual pertenecen los niños nombrados en las cantigas, si bien en muchos casos no se menciona específicamente su origen, puede intuirse la correspondencia a sectores medios o bajos. Cuando figura deliberadamente la extracción social, se advierte que hay bastante paridad entre los pequeños pertenecientes a sectores nobles y aquellos que son hijos de algún miembro del estamento religioso o están vinculados a él por haber crecido en un monasterio. Los que provienen de sectores medios suelen ser hijos de mercaderes o de funcionarios y los que pertenecen a grupos bajos son hijos de pastores, labradores, sirvientes de algún noble, o sencillamente se los denomina como *«hijos de un pobre»*. También encontramos casos vinculados a personajes reales y en menor medida, niños pertenecientes a las minorías religiosas. Sobre estos últimos hay dos poemas sobre pequeños musulmanes y otros dos sobre infantes judíos. En ambos casos las figuras de estos pequeños son delineadas con cierta bondad en contraposición al resto de los integrantes de sus respectivas comunidades. Probablemente esto se deba, además de al hecho de ser niños, a la resolución final del milagro en el que intervienen, y que consiste en la conversión al catolicismo y el subsiguiente bautismo del pequeño y de su madre. En el caso de los niños judíos se habla de un infanticidio y de un parto complicado. El primer tema trata del hijo de un vidriero que concurre con sus amiguitos cristianos a misa y termina recibiendo la comunión. Al enterarse de esto, el padre lo arroja dentro de un horno y ante los gritos de su madre, los vecinos la ayudan a sacarlo del fuego, colocando en su lugar al padre

infanticida. La segunda cantiga dedicada a un niño judío narra un parto complicado y la posibilidad de muerte de la madre. En este momento, la mujer invoca a la Virgen y el alumbramiento se desarrolla sin problemas. En cuanto a las cantigas donde los protagonistas son niños musulmanes, también pueden subrayarse particularidades muy interesantes. En la número 167 se describe el caso de una mora cuyo pequeño muere. Enterada del poder milagroso de la Virgen de Salas, la madre decide peregrinar hasta allí con su hijo, a pesar de la desaprobación de sus vecinas musulmanas. Al día siguiente el niño resucita. Más interesante aún es la cantiga 205 en la que se narra un hecho sucedido durante el proceso de la reconquista cristiana en tierras andaluzas mientras los castellanos están cercando un castillo moro. El castillo arde, muchos musulmanes huyen y una mora sube con su hijo en brazos, ubicándose entre dos almenas para evitar que el niño se ahogue. Los cristianos ven desde abajo esta imagen de la madre con su pequeño en brazos y esto les recuerda a la Virgen. Piden por la salvación de la mujer y al punto se derrumba la torre donde estaban ambos, sin sufrir ni ella ni el hijo herida alguna. Inmediatamente después se cuenta que ambos son bautizados. Los elementos comunes a las cuatro cantigas hasta aquí narradas son varios: primeramente las mujeres y niños que son salvados por intervención de la Virgen, terminan luego convirtiéndose al catolicismo; en segundo lugar, la Virgen intercede en su favor porque se compadece de esas mujeres en cuanto comparte con ellas la maternidad y el dolor por la pérdida de sus hijos; y por último, se describe ese amor maternal con la misma intensidad en todos los casos, sin diferencia alguna con las descripciones que se hacen de las madres cristianas.

Son muchas las cuestiones sobre el mundo infantil que pueden rastrearse en este riquísimo texto. Tenemos referencias sobre el embarazo y el problema que significaba para la sociedad de aquella época la esterilidad. La cantiga 411 muestra a través de un ejemplo bíblico que la falta de hijos se atribuía a una maldición divina que causaba vergüenza en el matrimonio estéril y una serie de perjuicios en su relación con los demás miembros de la comunidad. En otras cantigas, aunque no esté expresado de manera rotunda, se percibe siempre de trasfondo la falta de descendencia como un castigo divino a los pecados del hombre. Así se explican no sólo la esterilidad sino también los nacimientos de niños sin vida, las muertes prematuras o las malformaciones. Siempre son los padres, por sus errores, los promotores de los daños, los padecimientos y las desgracias. Otro aspecto del tema de la falta de hijos la relata la cantiga 118 en la que se habla de la reacción airada del progenitor cada vez que la mujer da a luz un hijo muerto y cuando esta situación se repite por cuarta vez, la madre le pide a la Virgen que resucite al niño. Los altercados que tiene con su compañero parecerían dar a entender un cierto grado de

violencia familiar ya que luego del alumbramiento fallido, la reacción inmediata de la mujer es huir de su marido.

El tema del embarazo se puede seguir en tres tipos femeninos muy distintos: una mujer del pueblo, una reina y una religiosa. El caso del personaje real se trata de una cantiga autobiográfica: Alfonso X cuenta una experiencia que vivió, siendo él muy niño, sobre el embarazo de su madre, la reina Beatriz. Faltándole poco tiempo para el alumbramiento, su marido –que acababa de reconquistar varias ciudades a los moros en la zona de Extremadura– la manda venir junto a él. A causa del traslado, se descompone, corriendo peligro de muerte tanto la madre como el bebé. En virtud de su devoción a la Virgen, la reina dispone que se coloque una imagen y le reza por su curación, logrando dar a luz sin inconvenientes. En otros casos hay varios poemas donde la mujer encinta es una religiosa. En todos ellos encontramos varios elementos comunes: primeramente se adjudica la debilidad de esas mujeres a la intervención del demonio, a quien hacen culpable de arrastrarlas a violar el voto de castidad. En segundo lugar la mediación de la Virgen se realiza para cuidar que la situación irregular no sea advertida por el resto de la comunidad y que estas mujeres puedan volver a su vida conventual sin inconvenientes. En tercer lugar, en ninguno de los tres casos, se observa que los niños nacidos de esas relaciones irregulares permanezcan con sus madres, ni tampoco se refiere qué pasa con ellos. Sin embargo en la cantiga 55 se descubre una actitud maternal, casi visceral, cuando la monja ya de vuelta a su vida conventual y después de varios años de buscarlo angustiadamente, reconoce a su hijo en el mozo que canta el «Salve Regina» en la iglesia del convento. Esta será la única cantiga en la que se hable de un instinto maternal en las religiosas.

El período inmediatamente posterior al nacimiento, el de la crianza, está muy desarrollado en las Cantigas. Hay varios elementos que podemos rescatar en los poemas: los lugares donde se llevaba a cabo, las personas encargadas de hacerlo según el status social al que pertenecía el pequeño, la actitud de los padres y demás familiares, entre otros. Con respecto al primer punto –los lugares de crianza– aparecen testimonios muy variados y, al igual que con las personas que están a cargo de ella, su elección tiene que ver con la posición social de la familia. Estos sitios suelen ser un monasterio, la casa de un noble o de alguien mejor ubicado en la escala social. Son generalmente dos los fines que se persiguen al entregar a un niño en crianza fuera de la casa paterna: para las familias de escasos recursos el objetivo era ubicar al pequeño en un sitio donde sabían que sería bien alimentado, cosa que ellos no podían ofrecer; para las familias de clase media la entrega en crianza podía implicar un ascenso en la escala social y para las de elevada condición la

crianza fuera de la casa les aseguraba que el infante recibiría las mayores atenciones y cuidados, y además permitiría a sus padres el pleno desarrollo de su vida social. También habrá casos en que la opción del lugar tiene que ver con el cumplimiento de una promesa, cómo un burgués rico al que se le mueren los hijos apenas nacen y promete a la Virgen que si el próximo vive, lo entregará a un monasterio. Este poema resulta muy conmovedor porque relata la vida del pequeño en ese lugar y las actitudes afectuosas de éste hacia la imagen de la Virgen con el Niño. Se describe su preocupación al ver que al Niño Jesús no le llevan comida y decide separar todos los días parte de su ración para que se alimente. Esto trae como consecuencia el descenso de peso y la preocupación del abad que intenta convencer al niño de que debe comer.

Con respecto a las personas que asumen la crianza de los pequeños, las *Cantigas* nos muestran distintas figuras. En principio son los padres y, sobre todo la madre, los encargados de criar al niño. A falta de éstos son los abuelos quienes cumplen esa función, como se ve en la cantiga 393 en la que el abuelo de un pequeño de Arcos de la Frontera, vela por la salud de su nieto y lo lleva al santuario del Puerto de Santa María para curarlo de su dolencia. Cuando las familias humildes tenían muchas bocas para alimentar, solían entregar a algunos de sus hijos a terceros que los criaban y que, por lo tanto, los vestían, alimentaban y les daban una instrucción básica. A cambio de ello estos infantes servían en la casa como mano de obra doméstica o rural. Esta realidad la conocemos básicamente por los contratos de crianza, que en definitiva, no son otra cosa que contratos de trabajo.

Con respecto a los sectores medios-altos de la sociedad la costumbre era contratar una nodriza que atendiese al niño en la casa familiar o lo llevase a la suya. En la cantiga 15 se expresa claramente qué méritos cuentan a la hora de elegir la persona porque «...aquella dueña le parescía muy buena para aya de su fijo, ca era fermosa e simple e tenie quel sería leal e posieronle luego el niño en poder». Todo esto está vinculado al linaje y a la buena salud de la mujer. Sobre ello, además, Alfonso X legisló en las Partidas completando así las normas establecidas en las reuniones de Cortes y en los tratados de príncipes.

Si bien se ven varios casos de nodrizas, también habrá un poema que exalte la lactancia materna, la 138, que muestra el vínculo que se establece entre madre e hijo durante ese momento. Es una imagen muy popular en la cual se retrata al Niño Jesús acariciando el pecho de la Virgen después de haber recibido el alimento. Pasados los primeros meses, la alimentación parece centrarse en una dieta muy básica, quizás inimaginable para los niños de hoy en día, a base de pan, vino y carne. Esto puede constatarse en varias cantigas; en la de los niños criados en

monasterios, en aquellas en que se narra la vuelta a la vida de niños muertos y se los alimenta con estos productos, etc.

En cuanto a la salud y normas de higiene infantil también las Cantigas son una fuente interesante ya que podemos rescatar varios aspectos: por un lado se habla de las enfermedades que padecen estos niños y que son curadas por la intervención de la Virgen; pero también percibimos la visión que de la medicina y de las curas alternativas se tenía en el siglo XIII. Sobre las primeras, se repiten con mayor frecuencia las fiebres y malformaciones varias, mientras que se dan en menor medida los casos de sordera, ceguera, lepra, problemas de garganta, hemorragias, infecciones y rabia. Con respecto al origen social de los niños que enferman veremos que la mayoría de ellos provienen de hogares de clase baja o media y sólo encontramos un caso que transcurre en el entorno real: la cantiga 221 en la que se narra la dolencia del futuro rey Fernando III, padre de Alfonso el Sabio.

Sobre la opinión que los contemporáneos tenían de los médicos y las medicinas, se puede concluir que todos por igual, sin distinción social ni religiosa, en algún momento, expresan sus dudas sobre la capacidad curativa de ambos. Lo vemos en la cantiga 89 sobre la parturienta judía, en la cantiga 256 cuando la reina Beatriz embarazada de un hermano de Alfonso corre riesgo de morir y ni siquiera los médicos de la afamada escuela de Montpellier saben qué hacer para curarla. Este escepticismo y la falta de medios económicos terminaban llevando a algunos padres a buscar otros medios de cura como la peregrinación a distintos santuarios conocidos por sus capacidades benéficas e incluso recurrir a curas «alternativas» rayanas con la superstición que incluían el uso de candelas, la colocación de reliquias sobre alguna parte del cuerpo del niño, o en colgar de su cuello ciertas hierbas o piedras.

No hay, en cambio, poemas que se refieran al tema de la educación; sólo unas menciones cuando se describen las aptitudes del niño a su gusto y capacidad para aprender. Mucho más abundantes son las referencias al mundo laboral infantil. Sin duda las labores agrícola-ganaderas eran aquéllas en las que más fácilmente se integraban los niños ya que, generalmente, comenzaban acompañando a los padres, mirando lo que aquellos hacían y poco a poco, en la medida de sus posibilidades, los ayudaban en algunas tareas sencillas. Así encontramos tanto niños como niñas que se dedican a pastorear el ganado o a trabajar en el huerto familiar. A veces el desarrollo de las tareas agrícolas en zonas rurales cercanas a la frontera con los moros o en lugares que, sin ser fronterizos, eran atravesados frecuentemente por ataques musulmanes, podían constituir un peligro para esos niños, como lo plantea la cantiga 359 en la que se cuenta la historia de un

pequeño hecho cautivo por los moros mientras ayudaba en las tareas rurales a su padre. Este poema resulta interesante porque, entre otras cosas, comenta el recorrido que hace el niño al ser vendido a sus dueños moros, descubriéndonos así el circuito comercial.

Las tareas domésticas eran otra de las ocupaciones en las que solían ser empleados los niños, no sólo en su propia casa, sino también fuera e incluso con un contrato de por medio. Otras veces, como sucede en la cantiga 247, se trata de una labor que cumple una niña luego de ser sanada por la Virgen y como retribución a una promesa hecha por sus padres para lograr su recuperación.

Con asiduidad se observa a los pequeños cantando en los coros de iglesias o monasterios y se señala siempre como algo positivo su gracia para cantar y su buena voz. Esta asistencia diaria para cubrir dichas funciones se retribuían con una asignación de pan, vino y dineros y constituía otra modalidad de empleo de mano de obra infantil. Tanto la instrucción como el trabajo eran modos de asegurar el futuro de un pequeño, pero no eran los únicos; un buen matrimonio era otra manera de ubicar sobre todo a las niñas y afianzar su posición social. Este objetivo está señalado claramente en varias cantigas, donde se expresa que los padres deciden el candidato de la hija por ser «*ome que é mui ric' e mui' onrrado e que te quer logo grand' algo dar*». Claro que estos matrimonios por conveniencia a veces eran rechazados por los futuros esposos y así veremos cómo los pequeños intentan evitar el momento de la boda.

La muerte de estos pequeños también será tema central de muchas cantigas. El dolor de la madre por la pérdida del hijo se describe de un modo muy vívido a través de expresiones de llanto desesperado, gemidos y suspiros, «*grandes vozes*», o mesadura de cabellos. Estos poemas nos ilustran también sobre otros aspectos vinculados a la muerte infantil como la manera en que se preparaba el cuerpo, dónde se lo colocaba, qué ritos se llevaban a cabo antes del entierro, qué ofrendas se entregaban y quiénes participaban en las ceremonias fúnebres. Generalmente se envolvía el cuerpecito en paños y se colocaba en una litera o en un ataúd. Al llegar al templo, se ubicaba el féretro delante del altar, se rodeaba de ofrendas (figuras de cera, cirios y candelas) y se rezaba una misa de requiem, para luego enterrarlo en el cementerio de la iglesia. Con respecto a esto último se repite en varias cantigas el caso de niños enfermos que son llevados por sus padres a un santuario para conseguir su curación pero mueren en el camino. Los padres no suelen volver a sus casas sino que continúan el viaje hasta llegar al templo y entierran al hijo allí, en lugares que solían estar a una distancia de tres o cuatro días de camino de su hogar. En la cantiga 122, en cambio, se narra la muerte de una infanta real y la conducta de la reina ante esta situación. La madre ordena cerrar las puertas de la

capilla del monasterio de las Huelgas, se vela el rostro y junto con las monjas se queda tras el pórtico rogando a la Virgen que le devuelva su hija. Durante la espera tanto ella como las religiosas se ponen a carpir y a llorar. Esta escena marca una contradicción con lo establecido por el rey Sabio en las Partidas cuando prohíbe dar muestras excesivas de pesar «*porque las manifestaciones exageradas de dolor asemejan los cristianos a los gentiles*»³ y demuestra, una vez más, que la legislación y la costumbre no van siempre por el mismo camino.

Relacionado con el tema de la muerte, hay algunos poemas que narran casos de infanticidios. La cantiga 399 relata con todo detalle los pasos que va dando la madre para matar a su hijo: piensa primero en colgar al niño de una viga, después busca una piedra para golpearlo y por último se decide por una maza y una aguja. Más terrible aún son las palabras que pronuncia cuando va a darle muerte: «*oge festa será pera mi ta morte*». Tan violento como éste es el caso de la madre incestuosa que luego de enviudar encuentra consuelo en su hijo mayor y de resultas de esa relación queda encinta. Una vez producido el parto, ella se encierra en su casa y mata al niño. La iconografía de este pasaje es aun más expresiva que el texto ya que representa a la mujer tirando a la criatura por la letrina y eliminando así la prueba de su pecado. Tanto en esta cantiga como en la anterior se repite el lugar del delito: las madres infanticidas cometen el homicidio dentro de sus hogares, guardándose muy bien de que no haya testigos ni dentro de la casa ni en los alrededores. Este cuidado respondía seguramente al duro castigo que la ley establecía para esos crímenes⁴. También habrá casos de infanticidios cometidos por los padres, pero en esta caso los tres ejemplos son de progenitores judíos y son motivaciones religiosas las que los llevan a cometer ese delito: porque el niño comulgó con sus compañeros cristianos (cantiga 4), porque cantaba himnos a la Virgen (cantiga 6) o porque nació deforme en señal de castigo a su padre que negaba la encarnación de Cristo en María (cantiga 108). Igualmente perverso es el modo que emplean para acabar con el niño: meterlo en un horno o golpearlo con un hacha en la cabeza.

Más allá de estos casos delictivos, en general las relaciones paterno-filiales que se retratan están plagadas de todas las gamas posibles de emotividad y afectividad; sin lugar a dudas se puede afirmar que los niños no resultaban para nada indiferentes a los adultos, existían verdaderos lazos de amor entre padres e hijos. Estas

³ Partida I, título IV, ley XLIV. Más adelante, en 1379, Juan I proscribe los duelos inmoderados y luego también las Cortes de Soria penarán los gestos excesivos.

⁴ Desde el Liber Judicorum se establecía la pena capital o la privación de la vista y en fueros como el de Béjar o el de Villaescusa de Haro y Huete se castiga con la hoguera.

relaciones son presentadas en las *Cantigas* con una total naturalidad, acercándonos a situaciones cotidianas del mundo infantil que no las conocemos a través de otro tipo de fuentes, más frías y normativas o que, al menos, no las experimentamos con la misma proximidad y vivacidad. Las cantigas dan una visión de la infancia muy realista y humana, con pinceladas de ternura tanto en la descripción de los hechos como en las palabras que pone en boca de los niños o en los parlamentos que desgranaban los padres al referirse a ellos. Los sentimientos que se expresan son universales y por ello a pesar de ser narrados en el contexto del siglo XIII, siguen siendo comprensibles por el hombre de hoy y provocan en el lector la empatía que seguramente causaba a los que escuchaban o leían en aquella época estos poemas.